

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8516

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorente, sus Damartin, 6, Mr. J. Ionés Faubourg Montmartre, 31, y en Londres: Piedt Stret, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 29 de Marzo de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la infia vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

Véase el anuncio de los grandes almacenes del Printemps de París.

PECOS DE MADRID.

28 MARZO 1890

Ha sido detenido y entregado á la justicia un joven estudiante de Derecho que se dedicaba á efectuar robos en las casas de huéspedes.

Esta noticia reproducida por todos los periódicos hará reír á algunos. Como siempre sucede se harán muchos chistes sobre este tema.

—¡Un estudiante de derecho que anda ba torcido! dirán los graciosos.

Pero los padres que tengan hijos estudiantes en la villa y corte, si reflexionan un poco en vez de reírse se escamarán, como se decía en los tiempos de los Bufos ó se entristecerán como debe decirse.

¿Por qué hacen los estudiantes en Madrid? se preguntarán los que al enviar á sus hijos á seguir una carrera se imponen el doloroso sacrificio de separarse de ellos y el no menos doloroso para algunos de subvenir á sus gastos.

Pues según las noticias que aparecen en los periódicos, los estudiantes, juegan... y como decía la ateluya del hombre malo... juegan y pierden. De vez en cuando se suicidan. Por último se ha dado el caso de que haya un ladrón, y precisamente de la facultad de Derecho.

Ya se ve que estas son las excepciones, que hay jóvenes juiciosos, buenos hijos, aplicados, apreciables por todos conceptos. Pero tienen constantemente á su lado el mal ejemplo, la manzana podrida que pudre á las sanas y carecen del consejo de un padre, y del temor de causar pesadumbre á una madre amorosa.

Seguramente ese joven que ha sido detenido y acusado de desvalijador de casas de huéspedes, será hijo de una familia honrada y poco á poco habrá ido degradándose en los brazos del vicio que siempre están abiertos en Madrid á la inexperta juventud.

Luego, según parece nada hay más fácil que robar en las casas de huéspedes, sobre todo en las montadas á la antigua. El robo de que ha sido recientemente víctima el joven abogado navarro D. Ignacio Mena me ha permitido enterarme de lo mal guardadas que suelen estar las tradicionales y clásicas casas de huéspedes. Por un agujerito practicado en la puerta encima del picaporte sale un hilo bramante. Los huéspedes lo saben, y como es cosa de que el ama de la casa ó la criada que sirve para todo y á las nueve ó las diez cae rendida, se queda esperando; allá á las doce, la una ó cuando se retiran que á veces es con el alba, tiran de la cuerdecita, el picaporte se levanta, la puerta se abre, entran mejor que Pedro

por su casa, nadie hace caso del ruido, se acuestan y por milagro encuentran la dura cama, y el baul donde guardan la ropa que no está á pupilo en alguna casa de préstamos.

Claro es que los tomadores, maestros ó siquiera oficiales... en el oficio, no se man el trabajo de tirar de la cuerda para robar á un estudiante, á un pretendiente ó cualesquiera de las personas menudas que por seis, ocho ó diez reales son huéspedes con principio. Pero los aprendices se contentan con estas miserias y á lo mejor —¡cuestión de suertel como ellos dicen encuentran un filón.—

Hay pues medio en muchas casas de huéspedes de que un aficionado á lo ageno entre en ellas sin que nadie se aperciba, tome lo que halle á mano y se marche con la mayor tranquilidad.

Esto pasó al joven abogado que cité antes y eso que la casa era excelente, por más que estaba provista de la famosa cuerda. El que entró y se apoderó de un gabán que tenía en un bolsillo una cartera con más de tres mil pesetas y un resguardo de la Caja de Depósitos de 17000, creyó quizás robar un gabán y un chaleco con un reloj. Su sorpresa debió ser grande y no sabemos si el estudiante de Derecho detenido podrá dar pormenores de este robo.

Sea como quiera, bueno es que todo esto que cuento animo á los padres provincianos á vigilar á sus hijos madrileños y á las buenas mamás á escribirles esas cartas sin ortografía á veces, pero saturadas de amor que ellas saben redactar con su alma y que en muchas ocasiones detienen á los jóvenes al borde del precipicio.

No sean como esos padres residentes en un pueblo próximo á Madrid, que anuncian estos días en los periódicos que de sean saber el paradero de un hijo de 15 años que desapareció de su casa á principios de Diciembre.

¡Qué ansiedad tan tranquila!

Julio Nombela.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

EPOCA

Charada

Prima cuatro ayer un todo
un terciá cuatro que estaba,
en una segunda prima
muy cerca de su morada.

A. A.

La solución en el número próximo.

LA URNA

Cuando Luis Durier, médico mayor de segunda clase en el 51.º de línea, perdió á su esposa, se entregó á la desesperación.

Apenas había tenido tiempo de admirar el carácter angelical de su adorada y de gozar la felicidad de llamarla suya, porque se habían unido un mes antes y viajaban por Italia.

Habíanse conocido en Tours, donde estaba de guarnición el regimiento de Durier.

Este habla conquistado á la joven con su elegancia y con su hermosa voz de barítono, cuando cantaba canciones de amor.

Se casaron á pesar de la oposición del tutor de la señorita, que quería un partido mejor, pues su pupila era rica.

¡Pobre tutor!

Cuando antes lo pensaba, la pupila se había convertido en señora de Durier, pero él se consoló cuando vió el brillante concurso de oficiales que acompañó á los esposos á la ceremonia nupcial, una de las más brillantes que ha habido en Tours.

Después de pasar una semana en las cercanías de Tours, la feliz pareja se dirigió á Italia, y ante los admirables monumentos de aquella tierra clásica, tuvo para ellos más encantos la luna de miel.

En Milán cayó ella enferma por haber salido á la calle durante una noche húmeda. El día siguiente se le declaró una fluxión de pecho, y cuatro ó cinco después la señora de Durier, no obstante los esfuerzos de su marido y de uno de los mejores médicos de la ciudad, estaba en la última extremidad.

La pobre joven tuvo el valor de consolar á su marido.

—No era posible—le decía—que fuéramos tan felices y viviéramos siempre. ¡Cuánto he gozado con tu amor! Pero no quiero que llores, para no llevar á la tumba grabada en el corazón tu imagen llena de tristeza. Una sorpresa te espera cuando regreses á Tours. ¿Quisieras conservarme á tu lado, convertida en polvo? no te molestaré, no te impediré trabajar. A veces dirigirás una mirada á mis restos y no me olvidarás.

Luis Durier estaba inconocible al volver á Tours.

Su caballera, antes negra, estaba casi blanca; sus ojos habían perdido el brillo, su andar era lento y pesado.

Los restos de su esposa quedaban en Italia en el camposanto de Milán—les dijo á todos los que se le acercaban.

En las exequias que mandó celebrar en la catedral de Tours, excitó la piedad de la concurrencia.

—Valor, amigo mío, le decía á Durier su coronel.

—Ánimate, hombre, le aconsejaban sus compañeros de armas.

Después de la ceremonia, no quiso que nadie le acompañara á la casa de donde había salido con su esposa, lleno de esperanzas y felicidad.

Rechazó hasta al tutor que quería darle datos sobre la herencia que su esposa le dejaba.

Solo su asistente le ayudó á abrir una malaquita de la cual sacó una urna de malaquita, de notable mérito artístico.

—Jamás te atrevas á tocar esto—dijo al asistente, señalándole la urna.

—Puede el señor mayor tranquilizarse, jamás la tocaré. Que ¿es un recuerdo de su esposa?

—Sí, un recuerdo...

El médico colocó la urna sobre la chimenea de su recámara, para verla al dormirse y al despertar.

Pocos días después volvió al servicio, pero por mucho que se esforzaban sus compañeros en distraerle, no lo conseguían.

Concluido su trabajo, se encerraba en su casa á contemplar aquellas reliquias sagradas y las regaba con sus lágrimas.

Así pasaron seis meses, y un año.

Durier ya no tenía la urna en su recámara, sino en su gabinete de trabajo, pareciéndole que allí estaba mejor, aunque tenía cuidado de colocar todos los días junto á ella dos ra-

mos de violetas, la flor predilecta de su pobre esposa.

Dos años después, Durier, cediendo á las instancias de sus amigos, había cambiado de método de vida, asistía á una que otra tertulia y aceptaba las invitaciones á comer que le hacían sus compañeros.

Para corresponder á estos obsequios, Durier invitó un día á su casa á todos los jóvenes oficiales.

La comida fue alegre y después de destaparse y beberse el champagne, los jóvenes se esparcieron por toda la casa y algunos penetraron en el gabinete del médico.

Por la primera vez desde la muerte de su esposa, Durier había comido con apetito, y sin saber como se encontró repentinamente en su propio gabinete, en medio de aquel grupo de calaveras á quienes había obsequiado y que entonaban una canción de café concierto.

Durier se puso pálido como la muerte, y, sin decir una palabra, tomó la urna y la depositó en una alacena donde tenía guardados unos libros, y para que no se repitiera la profanación, mandó convertir la alacena en una capilla, que adornaba todos los días con flores naturales.

Habían pasado tres años desde la muerte de su esposa, cuando Durier notó que el antiguo tutor de la joven le asediaba y molestaba con obsequios y consideraciones, y después de invitarlo á banquetes y días de campo, le reveló el motivo de tantas atenciones.

—Ya veo, amigo mío—le dijo—que es necesario hablarle á usted muy claro, porque no se dá por entendido. ¿Ya será usted que tengo una hija?

Durier tembló y no contestó.

—Sí, una hija que sufrió mucho cuando se casó usted con mi pupila, porque desde entonces amaba á usted aunque tenía apenas 16 años.

—Pero supongo que ya le habrá pasado esa idea.

—No, señor, ama á usted todavía; se que va usted á ascender y que tiene un porvenir magnífico, daré á mi hija una buena dote, 300.000 francos; ¿quiere usted ser mi yerno?

Durier se vio muy apurado; nunca había pensado en volverse á casar y no estaba preparado para la lucha.

Es difícil permanecer viudo por mucho tiempo cuando ha sido uno casado durante un mes, y además los padres de Durier empezaban á indicarle á su hijo que quería ver abuelos.

El resultado fue que Durier, hombre de carácter débil, cedió, y se volvió á casar.

Pero no quiso llevar á Italia á su nueva esposa; se contentó con hacer un viaje á Brtaña, pasando por París, y al poco tiempo regresó á Tours lleno de recordimientos, porque se había enamorado de su mujer.

Verdad es que se parecía mucho á la primera, aunque ésta era rubia y la otra morena.

El único defecto que le encontraba Durier á su segunda esposa era que pecaba de celosa, y para evitar esas penas desagradables, el médico trasladó secretamente la urna al piso más alto de la casa, poniéndola una trinchera de libros por delante para que nadie la viera.

Un año después de su matrimonio, Durier estaba encantado con el nacimiento de un niño que le dio su esposa. Hubo que buscar una nodriza, y como había una pieza para ella, Durier transportó al granero los libros, los retratos y hasta la urna que guar-